LA EVANGELIZACION INCULTURADA EN EL MUNDO POSTMODERNO

Agradezco el honor que me brinda el Instituto de Estudios Teológicos de participar en esta Jornada de reflexión teológica con una ponencia que intenta responder a una temática frecuente en el magisterio del Santo Padre Juan Pablo II y que ha sido también una preocupación constante en todos los años de mi ya largo ministerio episcopal, pues me ha correspondido participar desde su origen – hace ya más de 20 años – en la Comisión Episcopal para la cultura, pedida expresamente por la Santa Sede a consecuencia del Concilio Vaticano II, la que primero se denominó para el Diálogo con los no creyentes y se convirtió más tarde en la Comisión "Fe y Cultura". En varias ocasiones pasadas he tenido la oportunidad de participar en algunos de los encuentros que sobre este mismo tema ha celebrado el CELAM en América Latina, como también de contactar al actual Consejo Pontificio para la Cultura, con sede en Roma.

Dírase que ha sido justamente en el diálogo con sectores no-creyentes, en particular con los pensadores marxistas cuando tenían más presencia e influencia que en el presente, que los pastores, filósofos y teólogos católicos han sido llevados a tomar en serio la cultura del mundo. Han hecho así análisis acerca de la vida concreta de los pueblos, atención a los valores y antivalores que surgen en sus respectivas historias, han auscultado las aspiraciones y las frustraciones que estallan en confrontaciones demasiadas veces cruentas y dolorosas, han medido la influencias que ejercen en sus conductas los artistas, escritores, pensadores, comunicadores sociales, dirigentes sociales y políticos, actores, deportistas, cantantes, y demás "ídolos" que la cultura, tanto la popular como la sabia, erigen para entrar, absorber y ocupar un sitio, enorme o reducido, que los portadores de la Fe cristiana, se ven forzados a compartir, pues aunque no sean del mundo, están en el mundo.

Se trata pues del Diálogo de la Fe con las culturas. Es una vocación tradicional y constante, que bien puede decirse ahora que prolonga el antiguo proyecto anselmiano "*Fides quaerens intellectum*", la Fe **buscando a la inteligencia**. Este proyecto no queda traicionado si se propone ahora "buscar las culturas". "Buscar ante todo a la Cultura en singular, si se entiende por ella la cultura de la humanidad, de la humano o humanitario, con esa rica significación que reconoce en "lo humano" no un simple abstracto y universal, sino la naturaleza concreta (un "universal concreto" diría Hegel) emanada de las manos de Dios el sexto día de la creación y lanzada por los caminos de esta tierra a existir histórica y dramáticamente a la conquista de su "estatura perfecta".

Buscar también las culturas particulares, pues ésas son las que existen en concreto aquí y ahora, tanto en la Palestina de la ocupación romana en el siglo I, como la cultura griega dispersada en el oriente por las conquistas de Alejandro Magno, como la culturas llamadas "paganas" o "bárbaras" de las migraciones caídas sobre el Mediterráneo, con incesante evolucionar entre guerras, desmalezamientos, viajes exploratorios, invasiones de ida y de vuelta, a través de todo lo cual la Historia va develando un sentido por el que la Fe de los creyentes tiene no pequeño interés y atención.

La presencia de las culturas en la historia es lo que evita que ésta sea un mero reconto de fechas, nombres de personas, relatos de acontecimientos, juegos de pasiones, seguidilla de construcciones y de ruinas, pasos efímeros de grandes hombres, héroes y santos que desfilan en procesión ante nuestra mirada de observadores curiosos, pronto arrastrados también por el torbellino fatal. Gracias a las culturas, la historia cobra un **sentido**. Un sentido humano puesto que los hombres son los personajes que juegan, recuerdan, piensan y

escriben. Pero un humanismo de **cultura**, es decir, de lo que queda en gran permanencia, que se cultiva a través de las generaciones, de lo que se comunica como un bien que enriquece y da gozo, y casi diría como una misteriosa presencia con la que se siente una relación, un deber, un **culto**. ¿No tiene en verdad toda auténtica cultura el estilo y la fuerza de un culto?

Mis reflexiones generales no han de hacerme olvidar que para cumplir la tarea anunciada debo tratar acerca de la inculturación del Evangelio en el mundo post-moderno. Comenzaré por este último punto, el de la postmodernidad, que es como un campo, a mi humilde entender, poco cultivado todavía y lleno de malezas y pastizales. En un segundo punto propondré algunas reflexiones acerca de la tarea evangelizadora proyectada desde la institución Iglesia Católica. Por último intentaré algunas dilucidaciones acerca de complejos problemas en que nos encontramos en la actualidad.

1. MODERNIDAD Y POSTMODERNIDAD

La terminología que ha comenzado a distinguir los tiempos modernos de los postmodernos, está lejos de ser unánime en sus significaciones. Puede decirse en general que hay *grosso modo* al menos dos visiones de la modernidad y otras dos de la postmodernidad.

*Hay una visión **positiva** de la modernidad y otra más bien negativa. En el origen y etimológicamente, "*moderno*" significa *hodierno*. Es lo actual, con frecuencia es apreciado como mejor que lo anterior, más perfecto que lo antiguo, gracias a la subyacente creencia en el realidad del progreso, no obstante el nostálgico verso de Manrique: "como a nuestro parecer todo tiempo pasado fue mejor". Pero en los parámetros comparativos a los que los jóvenes recurren de preferencia, ciertamente que lo moderno, en muchos órdenes de cosas, se aprecia como más perfecto. "Modernizar" es una consigna para progresar, para perfeccionar, para hacer más placenteros y eficientes los instrumentos que emplean las ciencias, las artes y las técnicas.

La calificación positiva de la modernidad proviene en efecto del desarrollo de la razón, de las ciencias, del cambio social consecuente a las ideologías de la libertad: racionalismo, positivismo, cientismo, liberalismo, capitalismo, el siglo de las luces y el secularismo, juzgados generalmente como antecedentes de una mejor calidad de vida.

Esos mismos caracteres son vistos como **negativos** por otros analistas cuyo pensamiento y mentalidad puede tener bastante afinidad con los medios sociales e ideológicos en el que el catolicismo ha jugado un rol importante. Si bien, hay que reconocer que los pensadores cristianos desde hace más de un siglo no han concentrado unánimemente sus dardos contra la modernidad, habiéndose reconocido que no todo es malo en los tiempos modernos y que la teología no puede sentirse cómoda con una visión pesimista o satanizada de la modernidad. Ello no impedirá que al interior de los sectores sociales influidos por el catolicismo persistan actitudes mentales de mueca y sospecha respecto a la modernidad, actitudes que pueden asumir diferentes grados de intensidad, entre los resignados tolerantes y los que han recibido etiquetas de conservadores o integristas.

*Quienes emplean ahora los términos de "postmoderno" y "postmodernidad" están lejos también de convenir en significaciones unívocas. Para unos, lo postmoderno apunta a todo aquello que quiere justamente corregir los caracteres que prevalecieron en los tiempos modernos. Preferirán, entonces, representar el reclamo por aquello

que no es racionalizado y científico, sino que despliega más el orden del sentimiento y la emoción, las vivencias del corazón y de la mística, en contraposición a las de la razón. Es difícil aceptar una repartición de caracteres opuestos así y que coincidirían con una línea divisoria, una fecha, entre los que se definieron desde ya hace bastante tiempo como "tiempos modernos" y otra etapa de la historia de la cultura que merecería – por la búsqueda o la conquista de los caracteres opuestos a los modernos – el nombre de "postmoderno". Es fácil comprobar que movimientos culturales que movilizan el sentimiento y la emoción, como el romanticismo, p.ej., no esperaron un cambio de época para desencadenar una pretendida post-modernidad en los finales del siglo XVIII – el de Kant – y en pleno siglo XIX – el de Hegel.

En contraste con esta acepción de postmodernidad, podrían encontrarse los que de ella tienen una visión todavía más negativa que la de lo moderno. Para ellos la mala hierba de lo moderno se convierte en pésima. Oímos con frecuencia diagnósticos simples que sobre el otoño de la Edad Media van enumerando uno tras otros el Renacimiento, la Reforma, la Revolución Francesa, el ateísmo marxista y el nihilismo nietzscheano como otras tantas calamidades que están corrompiendo irremisiblemente a la humanidad. No es raro que los encontremos entre los católicos integristas.

Por otra parte, hay quienes, desde el punto de vista cristiano, parecieran tender a saludar a una postmodernidad, atisbando en ella signos más congruentes con lo que pudiera constituir un despertar del sentimiento religioso contra la incredulidad racionalista. Se habla de un "reencantamiento" para llamar a recuperar el gusto por lo que encanta a las razones del corazón. Quisieran ver este reencantamiento como línea expresiva de una postmodernidad, que bien podría reequilibrar al sentimiento y pensamiento humano de su lastre racionalista. Este nivel de análisis, sin duda es todavía muy insuficiente para resolver este planteo y no pretendemos aquí discutirlo más.

Contentémonos con una conclusión muy pobre en esta cuestión de terminología: El mundo "postmoderno", si ha comenzado ya, lo ha hecho por la continuación de las líneas originadas y desarrolladas en la modernidad: el dominio de la razón, sobre todo en sus aplicaciones tecnológicas que aceleran la explotación de la naturaleza, despojada de su condición de creada y convertida en nueva creación del hombre. Y también en la postmodernidad se desarrollan líneas irracionalistas que nos permiten entender tal vez el surgimiento de nuevos movimientos religiosos informales, recursos a las religiones orientales, cierto gusto por la astrología, la meditación trascendental, la "Nueva Era", etc. Todos ellos son religiones sin dogmas, sin iglesias, sin éticas.

2. LA INCULTURACION DEL EVANGELIO, DESDE LA IGLESIA CATOLICA

En la abundante producción teológica que este tema va suscitando, parecen perfilarse algunos puntos de amplio consenso. Ante todo, que la evangelización es la misión prioritaria de la Iglesia Católica. Después del Sínodo de 1974 y la "*Evangelii Nuntiandi*" de Paulo VI ésta es una doctrina común, si bien puede que no haya penetrado aún totalmente en la conciencia eclesial y no surta todos los efectos pastorales que todavía pueden esperarse.

Enseguida, que la evangelización no se limita a la mera agregación de personas a la Iglesia como pudiera dejarlo creer la imagen de "pescadores de hombres" y que

tal vez esté entre los métodos proselitistas de las "campañas de evangelización". Sin descartar los encuentros personales de los que son enviados, la evangelización siente su urgencia de "inculturarse", es decir, de llegar hasta los valores culturales, los criterios, los rasgos que conforman una determinada cultura y que Paulo VI enumeró de modo satisfactorio.

Sentado esto, no es tan fácil definir las culturas a las cuales se propondrá el Evangelio. ¿Dónde se encuentran? ¿En un continente, como cuando se habla de la cultura europea o la latinoamericana? ¿En una nación, como cuando se trata de definir la cultura chilena o la argentina? ¿En una raza, como cuando se estudia la cultura mapuche? ¿En una clase social, como los trabajadores, los empresarios, etc? ¿En un campo de conocimientos, como la cultura literaria, política, tecnológica, deportiva o artística, universitaria?

Nos vemos así llevados a proyectar una tarea compleja que podemos simbolizar así: Yo, Evangelio, quiero entrar en ti, Cultura, cualquiera que seas, porque tengo una gran fuerza de encarnación y estoy enviado a todas las culturas como fermento en la masa, a fin de formar contigo una "cultura cristiana".

Parece definir la evangelización como una gran ingeniería. Se requiere una poderosa institución para planificarla y una gran multitud de agentes pastorales especializados para llevarla a cabo. No parece un desafío desproporcionado a la organización y mundialidad de la Iglesia Católica. Ella parece tener la capacidad para afrontar ese desafío.

Sin embargo, quisiéramos ensayar otro enfoque. Preguntándonos, simplemente, cómo evangelizaron san Pablo y los primeros Padres de la Iglesia o los monjes medievales o los frailes mendicantes. Hubo inculturación en el Japón con Francisco Javier, en las Indias occidentales con Bartolomé de las Casas, o entre los tuaregs con el Hno. Carlos De Foucauld, o de los sacerdotes obreros entre los trabajadores franceses. En esa historia misionera cómo se efectuó alguna inculturación. Los evangelizadores, las más de las veces no han ido bien pertrechados con recetas metodológicas para lograr conversiones y adhesiones. Mas bien han comenzado ellos por **asumir primero la relación personal con unos y otros**, han iniciado un acercamiento personal, han mostrado en sí mismos los valores cristianos que inquietan, atraen y convencen, en la medida en que no comenzaron por imponer la propia cultura en la que habían conocido el evangelio. Esto significa que la evangelización inculturada es posible sólo por una verdadera conversión inicial del cristiano, en virtud de la cual se desprende de lo que en él no es mera fe y Evangelio y se desnuda de los oropeles culturales entre los cuales él mismo nació a la vida cristiana. Cosa difícil, exigencia de ascetismo y de adopción de otra manera de estar encarnado.

La evangelización, a partir de la gran institución eclesial católica, no puede prescindir del hecho de que ella misma tiene una forma particular de inculturación. El modo de ser cristiano a la manera católica, con sus devociones, catecismos, organización, leyes y autoridades, prácticas y costumbres, no entraña una cultura particular de la Fe y del Evangelio cristiano. La experiencia religiosa que van teniendo a lo largo de su vida los fieles católicos, no solamente los laicos comunes sino el círculo más cercano de los practicantes, los agentes pastorales, los ministros y aún los ordenados, comporta con frecuencia cierta complejidad que se manifiesta con frecuencia en tensiones, malestares y conflictos, para los que no siempre basta un magisterio prestigioso y poderoso, que no siempre logra evitar que culmine en un alejamiento de las estructuras visibles y sociales del catolicismo cultural sostenido por la institución.

3. LA INSTITUCION Y LAS CONCIENCIAS: ¿ES POSIBLE UN PLURALISMO CULTURAL?

Hoy comprobamos un fenómeno cultural importante: para la gran mayoría de nuestros contemporáneos – incluidos los católicos – la referencia privilegiada es la experiencia personal, libre y responsable, cuyo último juez es la **conciencia**. Si fuera necesario dar un sentido no temporal sino **cultural** de la modernidad, podríamos decir que lo que la define es esto de privilegiar la experiencia personal, la libertad, la autonomía y aún la responsabilidad.

En todo el mundo los católicos respiran esta atmósfera y comparten este espíritu. La modernidad no es sentida como una realidad situada fuera de ellos mismos, sino como característica que nos marca en lo más profundo de nuestra personalidad. La mayoría se siente asumiendo plenamente esta situación: todos queremos ser al menos modernos.

Notemos, sin embargo, que ciertos católicos tienen otra manera de ver. Para ellos, y entre ellos no pocos pastores, la Iglesia es un cuerpo social llamado a posicionarse frente al mundo actual, frente a la modernidad, como si ella permaneciera al exterior de la Iglesia. Entienden por eso que es misión de los cristianos católicos, de los obispos, del mismo Papa, la de afirmarse frente a la sociedad, y si es necesario de oponerse habitualmente a ella con sus propias normas doctrinales y morales, precisas e inmutables.

A modo de diálogo podemos evocar aquí el N° 16 de la *Gaudium et Spes*:

"La conciencia es el centro más secreto del hombre, el santuario donde está solo con Dios y en el que su voz se deja oír. Es la conciencia la que de modo admirable da a conocer esa ley, cuyo cumplimiento consiste en el amor de Dios y del prójimo. La fidelidad a esta conciencia une a los cristianos con los demás hombres para buscar la verdad y resolver con acierto los numerosos problemas morales que se presentan al individuo y a la sociedad. Cuanto mayor es el predominio de la recta conciencia, tanto mayor seguridad tienen las personas y las sociedades para apartarse del ciego capricho y para someterse a las normas objetivas de la moralidad".

Reconocerse como participando en la modernidad y queriendo tomar en serio la inculturación, supone una nueva manera de pensar, vivir y anunciar el evangelio. Nos gustaría que el adjetivo de "nueva" propuesto para la Evangelización actual y futura, se entendiera así. La diversidad de experiencias y la referencia al primado de la conciencia conduce necesariamente a admitir que se den pluralidad de opiniones y la legitimidad de un diálogo y aún de un debate entre ellas.

Debatir con los contemporáneos y no sólo a puertas cerradas al interior de la Iglesia, implica que las soluciones a los problemas actuales no están dadas de antemano, sino que deben buscarse y forjarse juntos. Ciertamente que en la comunidad católica hay regulaciones y criterios que constituyen los datos fundamentales de la fe apostólica. Hay ministros para dar un testimonio autorizado, que no es forzosamente autoritario. Pero también conviene advertir que el Evangelio – y el derecho natural – no son como un clasificador lleno de carpetas que contendrían ya registrada la solución a todas las preguntas. El Evangelio inspira soluciones, actitudes cristianas, y éstas serán el resultado de una inculturación exitosa pero que no proporciona modelos concluyentes como las sastrerías que ofrecen confecciones para llegar y llevar.

"El hombre contemporáneo camina hoy hacia el desarrollo pleno de su personalidad y hacia el descubrimiento y afirmación crecientes de sus derechos"...(n. 41)

"Esta adaptación de la predicación de la palabra revelada debe mantenerse como ley de toda la evangelización. Porque así en todos los pueblos se hace posible expresar el mensaje cristiano de modo apropiado a cada uno de ellos y al mismo tiempo se fomenta un vivo intercambio entre la Iglesia y las diversas culturas. Para aumentar este trato sobre todo en tiempos como los nuestros, en que las cosas cambian tan rápidamente y tanto varían los modos de pensar, la Iglesia necesita de modo muy peculiar la ayuda de quienes por vivir en el mundo, sean o no sean creyentes, conocen a fondo las diversas instituciones y disciplinas y comprenden con claridad la razón íntima de todas ellas" (n. 44).

Excúsenos prolongar esta cita tan esclarecedora:

"Es propio de todo el Pueblo de Dios, pero principalmente de los pastores y de los teólogos, auscultar, discernir e interpretar, con la ayuda del Espíritu Santo, las múltiples voces de nuestro tiempo y valorarlas a la luz de la Palabra divina, a fin de que la verdad revelada pueda ser mejor percibida, mejor entendida y expresada en forma más adecuada".

De estas modestas reflexiones, nos parece posible concluir que la inculturación del Evangelio y de la Fe cristiana, no es un simple asunto de técnicas metodológicas, por las cuales debiera primero conocerse a fondo una cultura para enseguida aportarle como desde el exterior el producto llamado Evangelio o Fe cristiana. Es más bien un proceso de conversión de los evangelizadores a entrar en empatía con una cultura que le es por algún motivo extraña o ajena, desprendiéndose de su propio modelo cultural para purificar lo más posible su testimonio evangélico cristiano. Finalmente, no todo auténtico testimonio misionero será inmediatamente exitoso o al menos la verdad de la inculturación no se medirá por las cantidades de adherentes obtenidos. El Evangelio, cuanto más puro, mejor se incultura en cualquier tiempo o lugar. Pero los teólogos que redescubren esto más allá de los apuros y las incomprensiones de los ritmos espirituales, hacen bien en moderar los afanes de la uniformidad y en justificar el derecho del pluralismo a gozar de buena salud en la Santa Iglesia.

+ Mons. Jorge Hourton P.
Obispo, Rector de la UCT.
Casilla 15-D. TEMUCO